

L'Atlántida es su combate de Hércules: la lucha contra el dragón. Era el gran combate de su vida; el monstruo estuvo a punto de devorarlo; pero, por fin, ha sido él el vencedor, el héroe, y ha salido robustecido de la prueba. Como Hércules, él también ha alcanzado la rama cimera.

El signo de la Atlántida es la violencia: la tempestad, el incendio, los truenos, los relámpagos, el ruido de las aguas y el viento no cesan. La lucha y el tumulto llenan la acción a través de los diez cantos que componen el poema. La Atlántida, la gran nación que extendía sus dominios de Oriente a Occidente, ha sido condenada por Dios a ser destruida con todos sus habitantes. En momentos claves la obra es un caos en el que el poeta no ha sabido, o no ha podido, poner orden. La Naturaleza ahoga a los personajes, y precisamente ahí es donde encontramos al Verdaguer más auténtico; a través del tumulto y de la violencia le podemos seguir paso a paso pues él se retrata tal cual es en esa etapa de su vida. A través de la Atlántida vemos pasar los arrebatos del poeta, sus iras contra las humillaciones que le inferían, contra las vejaciones que le tocó sufrir, contra las decepciones y contrariedades. Su sensibilidad es delicadísima, irritable, su orgullo desmedido y su sentimiento de dignidad ante las ofensas no tiene límite. En estos versos retrata la parte tenebrosa de su alma: su violencia, su grito de venganza. Para él debió ser una liberación, un desahogo, una purga de su espíritu.

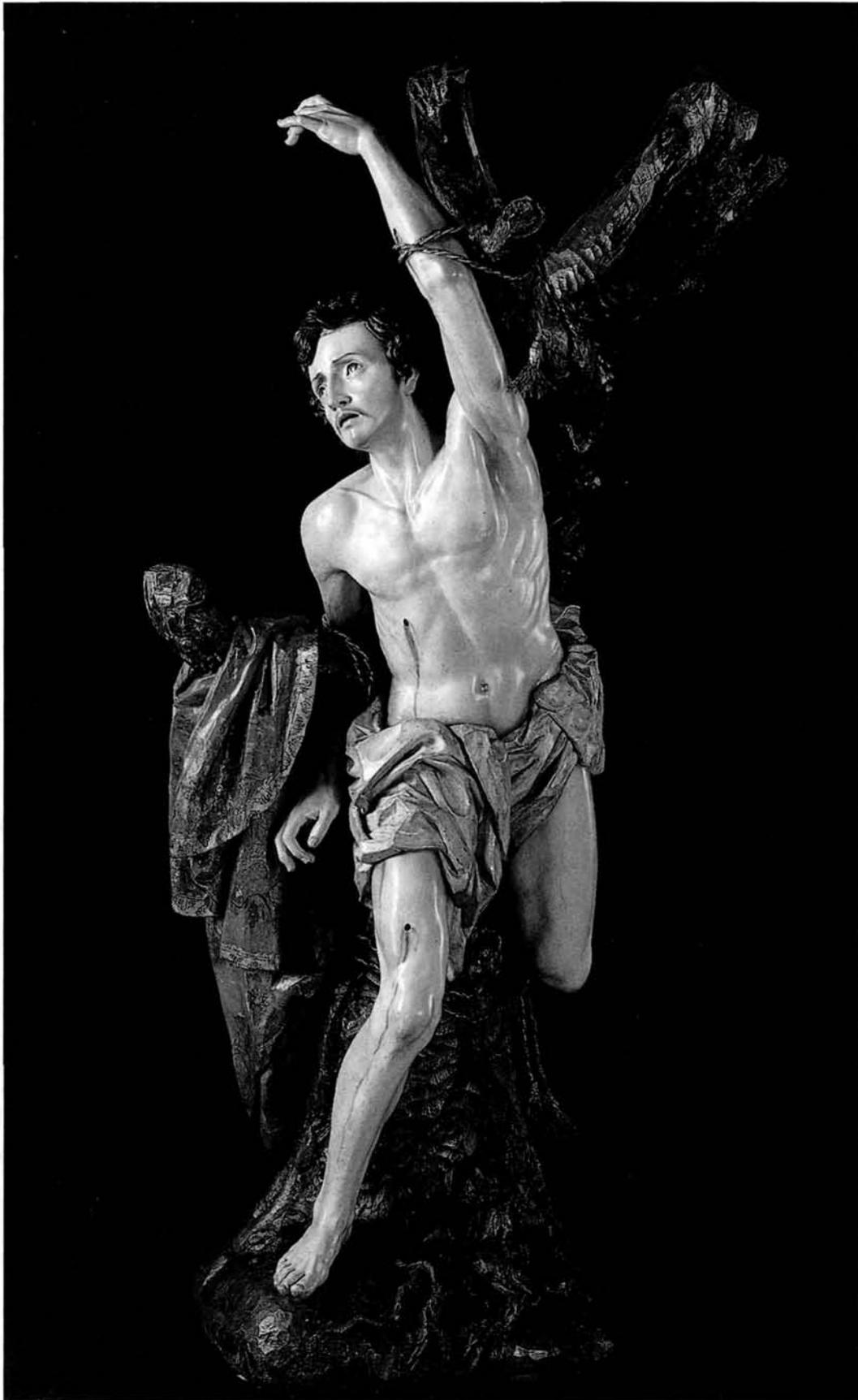
En las cumbres del Monseny y del Canigó, en plena naturaleza, el payés de Folgueroles, que nunca le abandonó, siempre vuelve a encontrarse a sí mismo; en el puente del barco, en alta mar y en medio de la tempestad y la furia de las olas y el viento, sentirá vibrar en él todas las fuerzas de la tierra, en la que tiene profundamente hundidas sus raíces.

En *El Canigó* encontramos la historia más íntima y secreta de su espíritu. Si en *L'Atlántida* Verdaguer nos da la historia de sus instintos, en el Canigó nos dará su más viva biografía espiritual. En esta obra se consolará por todo lo que perdió y llorará por lo que no pudo alcanzar. Y lo hará con los versos más bellos y más inspirados que brotaron de su pluma. Este trabajo es su profesión de fe, su testamento y la más viva expresión de su amor a la tierra natal. Está forjado sobre leyendas guerreras medievales, monjes y hadas, y se apropia de los grandes temas catalanes: el simbolismo de Montserrat y del Montseny.

Mosén Cinto siempre se resiente de un fallo: la humanidad de los personajes. En él falla el elemento humano. Ya desde pequeño le interesaba más el paisaje que el hombre; le importan el campo, el cielo, los recuerdos. La leyenda le gusta más que la historia; soñar más que vivir. Es menos doloroso y más bello. Entre sus lecturas predilectas se encuentran las leyendas,

o la historia mezclada con la leyenda. De las vidas le gustan las de los santos, llenas de milagros y de intervenciones divinas.

El literato aplaudido en esplendorosas fiestas, el más alto representante de la *Renaixença*, el limosnero de la casa Comillas, el que repartió dinero a manos llenas entre los pobres, acabó sus días siendo el más pobre de todos; el gran poeta quedó convertido en un mendigo. En los últimos años de su vida, Verdaguer aparece cada vez más viejo, más abatido, más miserable, como un pobre cura de los llamados de «misa y olla», dedicado en la parroquia de Belén de Barcelona a humildes tareas que poco tenían que ver con lo excelso de su figura literaria. Después de su muerte le levantarán grandes monumentos en los lugares más céntricos de la Ciudad Condal, en Montserrat, en Folgueroles. Su tumba se inundará de flores y toda Cataluña le tendrá presente en su memoria.



Juan de Chávez (atribuido a). *San Sebastián*, siglo XVIII.
Catedral de Guatemala, Ciudad de Guatemala